1

SANGRE AR

233700



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cénts.

1

233700

47/1505195

Sangre ardiente

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

Esto ocurrió en Granada y bajo la dominación de Boabdil, aquel pobre Boabdil entre cuyas manos debian apagarse, para siempre en España, los resplandores de la media-luna,

Abel-el-Rami, era, indudablemente, uno de los nobles más principales, tanto por sus riquezas sonsiderables cuanto por su estirpe clarísima, de la ciudad granadina.

Contaba treinta años y su figura, alta y musculosa, podia servir como prototipo de la varonil belleza árabe: tenía el cútis cobrizo, aguileña la nariz, grandes, rasgados y negrísimos los ardientes ojos, la boca voraz y roja como la flor del granado,

R. 3224116

la barba suave, undosa y bien poblada. Y amén de estas cualidades por todo extremo dignas de aplauso y hasta de envidia, tenía Abel-el Rami unos músculos de jayán, un pechazo alto y levantado capaz de aguantar sin grave fatiga los peores ajetreos de la guerra y del amor, unas piernas vigorosas y ágiles como las de los antiguos persas, y, sobre todo y antes que nada, (porque esta cualidad viril era la que más simpático le hacía a los ojos de las mujeres) un valor y una decisión en las lides amorosas capaces de abrasar en pasión a la mismísima Minerva, la diosa de la Sabiduría y de la Castidad.

El serrallo o gineceo donde el moro olvidaba agradablemente el cansancio y las murrias enojosas del diario batallar era delicioso, tanto por el número de esclavas allí encerradas, cuanto por la mucha belleza de todas y el penetrante ingenio y graciosa discreción de algunas. Las había delgadas y rubias que conservaban, a despecho de la bien construída opulencia de sus formas, cierta gracia infantil; había andaluzas morenas y ardientes como Etiope, a quienes nadie aventajaba en el arte de balancear las caderas y de mover el cuerpo lascivamente: y bereberes duchas, como hijas de Lesbos. en los refinamientos más

taimados y sútiles de la lujuria. Y entre unas y otras Abel-el-Rami, cuya invencible energía jamás experimentó el cansancio de los placeres satisfechos. vivía feliz, tranquilo. orondo, como un gallo entre sus gallinas.

Conviene advertir que Abel-el-Rami era lo que ahora los modernos europeos llamamos «refinado»; quiero decir, que el noble moro no se contentaba con disfrutar esos placeres que están al alcance de todo el mundo, si no que procuraba proporcionarse los goces más raros e intensos.

Con este propósito laudable él, que había estudiado en los textos sagrados todos los secretos del amor, reveló a sus mujeres las grandes exquisiteces de la suprema caricia, y así como ahora nosotros, (¡pobrecitos españoles!) decimos «gozar a la francesa» y «gozar a la italiana» si la señora, por nosotros acariciada, se presta amablemente a interpretar el amor a éstilos de cada país, el dichoso Abel-el-Rami pudo decir que en su serrallo convivían mujeres de todas las naciones, ya que todas sus daifas o concubinas, lo mismo le besaban las manos a su señor que le tiraban suavemente de la nariz.

Es más; Abel-el-Rami, a quien las bebidas y caricias, por excesivamente escitan-

tes debilitaban, dedicóse insistentemente a enseñar a sus mujeres el arte, (*clasico* por muchos conceptos) de tomar lección de italiano, gracias a la cual muchas de ellas llegaron a ser verdaderas profesoras. ¿Cómo el público logró enterarse de tales secretos? ¿Cómo los actos realizados en la penumbra vergonzosa de las alcobas fueron propalándose lentamente hasta llegar a oídos de la multitud?... ¡Nadie lo sabe! Acaso a los eunucos, que atisbaban por las cerraduras de las puertas, tuvieron la culpa de que estas curiosas íntimidades se divulgasen. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que las secretas enseñanzas del gallardo moro obtuvieron escandalosa resonancia y que las bellas que Abel-el-Rami tenía en su harem no tardaron en ser famosas no ya en la ciudad, si no también en toda la vega granadina.

En aquella sociedad decadente y familiarizada con las locuras mayores de la pasión y de la embriaguez, El-Rami tuvo lo que toreros y cómicos llaman «un cartel». Cuando se hablaba de mujeres, los viejos nobles, cuyos fatigados corazones necesitaban caricias especiales, nombraban a las mujeres de Abel quitándose los blancos turbantes.

—Son las sacerdotisas de la pasión—de-

cían—gratas a Mahoma.

Este prestigio llegó a oídos de Boabdil, quien, según cronicones severos aseguran, era un amador impenitente, y Boabdil (para algo era rey) resolvió proporcionarse el placer de gozar de aquellas esclavas.

Animado por este pensamiento llamó a Abel-el-Rami y luego de platicar con él acerca de asuntos enojosos y trascendentes relacionados con la campaña que los católicos monarcas de Castilla tenian comenzada, encargóle de varios trabajos urgentes que por mucha prisa que Abel se diese en despacharlos, nunca tardarían menos de ocho días en quedar concluídos. El-Rami, que no presumía lo que su Rey y Señor intentaba, puso manos a la obra con toda lealtal y buena fe, que no salía del regio alcázar ni aun para dormir, y de este modo Boabdil pudo satisfacer con toda tranquilidad su deseo.

Así fué que a la noche siguiente, poco después de la hora del muecín, fueron introducidas en la Alhambra y por una puerta escusada, las tres favoritas del sin ventura y desde aquel momento burlado Abel-el-Rami; a saber: Zahára, célebre por la brevedad de su talle y la pomposidad y blancura de sus formas incomparables; Zoraida, conocedora como nadie de los recursos

que exprimen el placer; y Estefanía, una manchega renegada que, aburrida de vivir con cristiano viejo a quien, ni aun leyéndole *El cantar de los cantares*, se ponía en jarras, dejó a su marido con tres pares de cuernos y abrazó la fe de Mahoma, (¡Aláh es grande!...)

Al cerrar la puerta de su dormitorio y verse ligero de ropa y delante de aquellas tres mujeres magníficas, el buen Boabdil sintió que una extraña impresión de calor invadía su cuerpo y que sus ojos echaban lumbre.

Alguna de las esclavas, aunque cohibida por la presencia augusta del rey, manifestó temores de que Abel-el-Rami, enterado más tarde de lo que allí iba a suceder, las castigase. A lo que el monarca repuso;

—Abel-el-Rami no regresará a su palacio antes de una semana, y si lo intentase hay personas de toda mi confianza encargadas de impedírselo. Tenéis, por consiguiente, tiempo sobrado de practicar conmigo todas esas exquisiteces y desacostumbrados refinamientos que mi excelente vasallo Abel-el-Rami os ha enseñado.

Las tres mujeres, en quienes la pasión ardía con inextinguibles furores, sonrieron contentas; Zahara era morena, casi cobriza, y sus cabellos tenían ese negro azulino

y brillante del plumaje del cuervo; Zoraida era trigueña y sus labios bermejos parecían dos fresas; Estefania era rubia, y su cabeza pequeña y redonda de amadora, brillaba como un rayo de sol.

—Podéis prepararos—dijo Boabdil, cuyo corazón enamoradizo, lleno aún de juventud y de apetitos, comenzaba a animarse.

Ellas obedecieron, quedando en un santiamén según las regranujísimas de sus madres las depositaron a este bajo mundo. Y aquello, lector amigo, fué un desbordamiento de hechuras, una sinfonía excelsa de piernas satinadas, de venusiacos perfiles, de bocas rientes, de ojos de brasa, de cabelleras abundantes de oro y de endrina, desplomadas sobre la nieve de los hombros redondos.

Estefania exclamó, acercándose a Boabdil;

—Rey, mira mis senos, blancos y finos como el alabastro.

Zoraida agregó:

—Nadie sabe moverse en la danza como yo. Cuando apoyes en mí tus labios sedientos, experimentarás un deleite que te hará desfallecer.

Y Zahara:

—Te invito, ¡oh, Rey!, a gozar de mis encantos; en él residen los placeres de

aquel quinto paraíso de que habló el Profeta.

Esto dicho, las tres, vueltas de cara hacia el oriente, murmuraron una corta oración y luego se perfumaron pulcramente. Un intenso olor a mirra y a rosas invadió la habitación.

En un ángulo de la estancia había un mullido lecho formado por colchones de pluma; una especie de catafalco blando y perverso, cubierto por un gran trozo de negro terciopelo. Sobre él se colocaron las tres mujeres y sus cuerpos blancos, llenos de curvas lascivas, surgieron con firmes perfiles del fondo tenebroso.

Boabdil, que ya se tocaba la barba con las dos manos (tan nervioso y alborotado estaba) preguntó:

—¿Vosotras, qué sabéis hacer?

Ellas respondieron dócil y humildemente:

—Nosotras sabemos hacerlo todo.

—¿Cantar?

—Como nadie.

—¿Besar?

—Mejor que las mujeres del remoto oriente, a quienes, ni aún las mismas romanas, aventajaron en el arte de excitar la pasión de amor.

Boabdil insistió:

—Eso de cantar, bailar y besar es práctica antigua y, por lo muy sabida y practicada, poco agradable. Yo deseo conocer vuestra especialidad, vuestra actitud favorita, aquella a la cual dedicasteis mayor atención. Para eso os he traído.

—Nuestra especialidad, ¡oh Rey!—exclamó la gallarda Zahára levantándose—es bailar la danza con la cintura quebrada, que tal fué el capricho de nuestro amo Abel-el-Rami.

—¿Y eso es agradable?

—Tan agradable, tan extraordinariamente agradable, que en verdad te digo, ¡oh Rey! que las mujeres que no bailan de este modo, malgastan su tiempo lastimosamente, pues el contoneo, sabiendo administrarlo, proporciona placeres innúmeros. ¿No viste nunca bailar así?

—Muchas veces.

—¿Y no recibisteis con ello gran gusto y contentamiento.

—Así fué.

—No me admiro: pues la mucha flexibilidad de nuestras cinturas determina un placer visual que exalta el deleite del hombre hasta el paroxismo, y al mismo tiempo la mujer experimenta una sensación embriagadora y recibe, con la excitación de la danza, una impresión de calor y nerviosi-

dad, que la vuelven loca.

—No prosigas hablando, Zahara—interrumpió el rey—pues de tal modo me excitan tus palabras y la cachonda actitud en que tus compañeras nos escuchan, que capaz soy de arrancarme un pelo en vuestra presencia.

Las tres mujeres sonrieron satisfechas y engreídas. Zahara continuó, haciendo una reverencia respetuosa:

—La especialidad de que antes hablaba, es nuestra especialidad. Tus ojos avisados comprenderán, desde luego, que no te engaño. Advierte la hermosura espléndida de nuestras magnificencias sembradas de hoyuelos, la esbeltez cimbreante de nuestras cinturas, la blancura de nuestras espaldas mórbidas, y, sobre todo, la belleza de nuestras nucas perfumadas, hechas para despertar los deseos del mordisco y del beso.

Después las tres favoritas, apreciando el estado de huracanada excitación en que el rey se hallaba, pusiéronse de rodillas, con los rostros pegados al suelo, y besaron repetidas veces la riquísima alfombra.

Luego se acercaron al Rey y colmándole de caricias y mimos, acabaron por ponerle loco y medio tarumba.

Boabdil, fuera de si, se puso a gatas y

comenzó a festejar aquellas tres intimidades deliciosas. Empezaba acariciándolas los piés, los piececitos blancos, suaves. como hechos para andar entre flores; luego, lentamente, subía por las pantorrillas hasta las corvas, después trepaba a lo largo de las columnas de rosa y nieve, que una incipiente emoción de deseo estremecia, y al fin se detenía adorador y perverso.

Las mujeres, excitadísimas, ronroneaban como gatas en celo y sus ojos humedecidos por el deseo, se movían. abriéndose y cerrándose, haciendo guiños picarescos.

Al cabo Zahara. que era la más impetuosa de todas, balbuceó:

—No puedo más...

Entonces Boabdil se acercó a ella y separándola los ricos bucles de su pelazo negrisimo que la caían sobre su bello rostro moreno, empezó a besarla con verdadera pasión y a teclear sobre aquella carne odorante y rosada.

Y afirman, cronistas ladinos, (y yo así lo creo a fuer de sinvergüenza que soy) que apesar de ser Boabdil hombre muy corrido y sobradamente aleccionado en cuestiones de amoríos, jamás echó una cana al aire como aquella, tanto por lo que satisfizo a su temperamento, cuanto por

las sabrosas novedades que descubrió a su ardiente curiosidad.

Confesemos, lector, ahora que Abel-el-Rami no nos escucha, que la sin par Zahara bailaba con inimitable maestría. Unas veces, cuando Boabdil aplaudía, ella sacudía las deliciosas caderas y la mirada del rey penetraba en sus ropajes por completo, tanto, que sentía el dulce y embriagador mareo de la pasión; y otras, cuando él, siguiendo el vaivén natural de las cadencias, se retiraba un poco, ella cerraba los brazos y las sonrisas tentadoras capturaban y oprimían el corazón del galán con tal fuerza, que Boabdil jadeaba expirante, aniquilado por aquella formidable emoción.

Al fin, la esclava se le acercó gateando. El Rey entonces se encorvó sobre la favorita como se agarra la fiera a la presa que va a devorar, sujetándola por los brazos fuertemente, mordiéndola la nuca, retorciéndose en ataque epiléptico sobre aquella espalda que el deseo hacía ondular. Y Zahara, que en aquel momento empezaba a besar, se extremeció de deleite, sintiendo correr abundantemente por sus nervios la enérgía embriagadora de la emoción de amor.

Enseguida Boabdil, aprovechando la excitación del primer impulso, acarició a Es-



tefania y a Zoraida, que mientras él gozaba de la danza de Zahara, habíanle a él acariciado y besado amorosamente.

Así entretuvo Boabdil los ocho días que el bienaventurado Abel-el-Remi estuvo trabajando para él durante aquella loca semana de amor, Boabdil y sus concubinas corrieron más de cincuenta juergas.

¡Alah es grande!...

II

Boabdil era un hombre de buen humor, un artista aficionado a las extravancias de lo imprevisto.

Una mañana el rey fué a ver a Abel-el-Rami, que acababa de terminar las rudas tareas encomendadas a su solícita voluntad y claro entendimiento.

—Has concluído?—interrogó Boabdil.

—Afortunadamente — repuso el noble moro—y estoy dispuesto, ¡oh, Rey! a servirte en alguna otra empresa que tu paternal indulgencia tuviese a bien encomendarme.

A lo que Boabdil replicó sonriendo;

—¿Y dónde vas tan diligente?

—A mi casa, señor.

—Tendrás ganas de conversar un rato con tus mujeres...

—Así es... y si el señor me autoriza para hablar según mis sentimientos, le diré que tengo tales ganas de verlas, que no parece sino que el corazón me ha crecido y apenas me cabe en el pecho.

—Creo que todas ellas saben bailar y seducir admirablemente...

—De un modo magistral.

—¿Las adiestraste tú?

—Yo, con ayuda de Mahoma.

—El sea loado—repuso Boabdil extendiendo los brazos devotamente.

Después, viendo llegado el momento de poner en ejecución el diabólico plan que imaginado traía, agregó;

—Si no tuvieras mucha prisa en marcharte, te propondría una pequeña orgía, una orgía íntima. a la que sólo asistiríamos tú y yo y las esclavas que hubiesen de acompañarnos.

—No tenéis más que mandar, señor. Estoy a vuestras órdenes.

—Tengo escondidas aquí, en un departamento secreto de mi palacio, tres mujeres magníficas,

—¿Y seréis tan bondadoso que me permitáis enamorarme de ellas?

—¿Por qué no?

—Eres infinitamente dulce para tus siervos, ¡óh Rey!

—En el fondo de mi condescendencia--repuso astutamente Boabdil--sólo hay, si bien te fijas, un exceso de vanidad, pues quiero cerciorarme de que nadie, ni tú mismo, que de tantas hembras bellísimas dispusiste, has cónocido jamás ninguna comparable a las que voy a presentarte.

A lo que Abel-el-Rami contestó cruzando los brazos sobre el pecho y doblando hacia adelante el gallardo busto.

—Mucho vi, Señor y mucho conozco; mas tengo la seguridad de que tus mujeres serán admirables, pues tu pericia en cuestiones de pasioncillas y de femenil hermosura, son proverbiales.

Inmediatamente Boabdil se separó de su valido y dejándole en el pequeño saloncillo que los eunucos que custodiaban su gineceo tenían convertido en sala de guardias, penetró alegremente en la suntuosa habitación donde Zahara, Estefanía y Zoraida, le esperaban.

Al saber el paso de sainete que el Rey preparaba, las tres jóvenes comenzaron a temblar.

—Permaneced quietecitas y envolveos la cabeza con velos espesos que ninguna mirada, ni aun la más aguda y ladina, pueda penetrar; cuidad de no hablar, prestándoos dócilmente a todos nuestros caprichos y

estad ciertas de que ese sinvergüenza Abel, por malicioso que sea, no llegará a reconoceros.

—Tus deseos, Señor—repuso Zahara—son para nosotras órdenes inapelables; pero tengo la evidencia de que Abel-el-Rami nos reconocerá enseguida.

—Yo ostento aquí—dijo Estefanía--un lunar pequeñito como la punta de un alfiler, que El-Rami ha pasado besando noches enteras.

—Yo—agregó Zoraida—conservo en la cara interior de mi brazo izquierdo, la cicatriz de un mordisco que mi amo El-Rami me hizo la misma noche en que me desposó.

—¿Y a qué viene todo eso?—interrumpió Boabdil.

—Que estamos seguras de que, tan pronto como sepa que le hemos engañado, nos mandará decapitar.

A lo que Boabdil repuso filosóficamente, con un excepticismo que hubiese hecho reir a carcajadas a Pirrón, el clásico cantor de la duda.

—Creo que Abel-el-Rami no os reconocerá, pues basta que imagine que esta es la primera vez que va a besaros, para que tu cicatriz, Zoraida, le parezca más interesante, y tu lunar, Estefanía, más digno de

ser besado y adorado que cualquiera de los lunares que le son familiares. Y, en último caso: si se apercibiese de la farsa que vamos a representar y quisiera vengarse en vosotras de mis burlas, le mandáis a tomar viento y os quedáis conmigo, pues en verdad os digo que nadie ha sabido darme tanto placer como vosotras.

Esto dicho, Zoraida, Estefanía y Zahara. cubrieron sus lindísimas cabezas con densos velos negros, y poniéndose de rodillas y con las frentes apoyadas contra el suelo, elevaron sus pensamientos a Mahoma.

Entonces Boabdil abrió una puerta, gritando con sonora voz:

—¡Abel-el-Rami; ya puedes entrar!

Al verse en presencia de aquellas tres soberanas bellezas de carne que le brindaban con todos los deleites, el favorito sintió que una ola de fuego corría por su cuerpo. Tenía los labios secos y blancos, sus mejillas palídecieron, numerosas gotitas de sudor acribillaron su frente espaciosa, sus ojos tuvieron resplandores sangrientos de incendio. Sin decir palabra acercóse a las esclavas y reconocidas espaciosamente: apreció sus nucas odorantes y pulcramente rizadas, sus espaldas blancas, suaves como el terciopelo, sus caderas turgentes y firmes, capaces con sus bailes, de dislocar sin fatigarse, a muchos hombres. El examen fué largo, embriagadar como un vaso de buen vino.

—¡Son repistonudas!—gritó chasqueando la lengua cual hacen los bebedores después de trasegar.

A lo que Boabdil repuso soltando una carcajada estentórea:

—¡Pues a ellas!... y que la que mejor baile, sea del que más pueda.

Abel-el-Rami púsose en pje y seguidamente se dirigió hacia Estefania llevando oprimido su alborotado corazón, con la mano derecha; Boabdil, que tal vió, hizo lo mismo, arremetiendo fieramente contra Zoraida, y durante algunos momentos la estancia retembló con los ruidosos besos de los dos hombres y los cachondos lamentos de las mujeres que se agitaban nerviosas.

Terminado aquel primer impulso pasional, el Rey preguntó;

—¿Cómo os gustan más las mujeres, amigo El-Rami? ¿Gordas, flacas, rubias o morenas?

—Señor—repuso Abel. cuyos grandes ojos negros brillaban de pasión—yo opino que nada hay comparable al soberano deleite de abrazar a una belleza mórbida y ondulante.

—Así es—replicó el Rey—porque la mujer llenita de carnes ofrece al abrazo suavidades y graduales presiones incomparables y los movimientos de su cuerpo son ondulantes y graciosos.

Pasados algunos momentos de descanso que émplearon en fumarse un par pipas, comenzaron a organizar grupos de seducción.

Uno de los que más grata visión les proporcionó, fué el siguiente:

Zahara estaba pecho abajo, apoyada sobre las rodillas y las manos hundidas en el colchón, de suerte qué su cuerpo formaba una especie de puente, Encima de ella y sobre el extremo inferior, colocóse Zoraida sentada y como quien monta a caballo. En el extemo superior, o sea sobre las espaldas de Zahara, se colocó Estefanía, también sentada con una pierna a cada lado, y de cara a Zoraida. En esta disposición, empezaron Zoraida y Estefanía a hacerse cosquillas y darse suaves pellizquitos. De vez en cuando Zoraida que era más impetuosa daba un rápido y fuerte abrazo a Estefanía y ésta al verse así sorprendida y apretujada contra el rico y suave busto de su compañera, lanzaba suspiritos y débiles gemídos de gozo.

Zahara que con el dulce ajetreo de sus

ginetes estaban excitadísima y nerviosa, no paraba de moverse y agitarse hallándose en contínuo vaivén todo aquel grupo de rica carne en flor, tiernísima y bien oliente.

De este modo cuando Zahara temblaba de gusto, Zoraida se movía también, obligando a moverse a Estefanía, y la besuqueaba a través de su tupido velo y la daba suaves y enervadores mordisquitos en el cuello y los hombros, produciéndole con estas garatusas y otras parecidas, subidísimo goce.

El grupo no podía ser más bello, ni de más dislocante esplendor sus provocadoras actitudes.

—Dame un beso apretado, suspiraba Zoraida, porque mis labios ardientes se entreabren cada vez más y parece que dentro de mi corazón arde una inmensa hoguera.

Este mismo deseo atormentaba a Estefanía que entre suspiros quejumbrosos solicitaba apretados abrazos y trastornadores estrujones de la sin par encantadora Zoraida.

Y como ésta la apretase con mayor fuerza contra su divino cuerpo de Venus, la esclava murmuró:

—Tu fuego abrasa mis labios de clavel y tus sabios tacteos me producen una nueva

y cachondisima emoción. ¡Soy feliz! ¡Oh, mi Zoraida amada!

Después de aquel cuadro plástico de sublimidad exquisita, Boabdil se fumó una segunda pipa, y cogiendo por la cintura a Zahara, que en aquella ocasión no había tenido quien la acariciase, la atrajo hacia sí dulcemente y la colmó de apasionados besos y cariciosos sobajeos.

Abel-el-Rami, que entre la sesión que acababa de presenciar y los días que había estado ausente, se hallaba excitadísimo y congestionado, se encargó de Zoraida y Estefanía.

Así continuaron besándose y queriéndose sin desmayos, hasta que más tarde y con la hora del cansancio fué llegado el momento de la separación.

—Conque... tú hablas, querido Abel-el-Rami; ¿qué te parecen mis mujeres?—preguntó el Rey.

—Te juro, por la memoria del Profeta —repuso el valido—que son de abrigo.

—¿Las examinaste bien?

—Perfectamente.

—Reconócelas, sin embargo, otra vez, y dime por tu honor si adviertes en ellas alguna imperfección, antes de que yo me decida a guardarlas en aquellos secretos departamentos que reservo a mis concubinas

predilectas.

Hízolo así el moro y ellas tornaron a ponerse en actitud, según el Rey las había ordenado.

—Debo decirte primeramente—exclamó El-Rami—que estas esclavas deben haber sido iniciadas en el arte excelso de la caricia por algún sabio sacerdote de Oriente, pues de otro modo no sabría explicarme la refinada ciencia que advertí en ciertos movimientos de sus cuerpos y el perfecto esmero con que cuidan la belleza de sus caderas, de su talle, de sus espaldas y de su nuca.

Oyendo estas palabras Boabdil se descoyuntaba secretamente de risa, viendo que El-Rami, según él había previsto, prefería, como todos los hombres, a las mujeres del prójimo.

El Rey se acercó a Estefanía y luego de besarla el cuello largamente, preguntó:

—¿Qué te parece el lunar que ésta tiene aquí?

—Exquisito, Señor, y dulce como la miel que las abejas hacen junto a la fuente del Avellano.

—¿No conoces ninguna esclava que ostente en este sitio algún adorno semejante?

—Una guardo en mi harém que tambien tiene un lunarcillo en este sitio, pero debo

confesar, (aunque esto me cause cierto empacho) que no es tan bonito ni está tan graciosamente plantado.

—¿Y que opinas de esta cicatriz?—prosiguió Boabdil acariciando con sus barbas negrísimas las ricas carnes de Zoraida.

—Que es muy graciosa. ¿Quien se la hizo?

—Yo, mismo, con mis reales dientes.

—¡Que Aláh te conserve la dentadura!..

Continuaron hablando de este modo, y las mujeres, que pensaban iban a ser reconocidas por el moro desde el primer momento, no volvían de su asombro. Y Abel, nada, sin vislumbrar la superchería de que era objeto; ¡que tan grande es el poder de la imaginación!

Boabdil agregó;

—De suerte que tú, insigne amador, confiesas que nunca besaste a mujeres comparables a éstas?

—Nunca.

¿Acaso las tuyas son feas?

—Las mías, Señor—replicó Abel-el-Rami humildemente—son hermosas, pero no tanto como éstas. ¡Que Aláh te las guarde!

. . . . . .

Y salió de la estancia.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.--Suspiros tiernos. --Fiebre de amor.--La mujer del prójimo.--Coces supremos.—Picardias de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo. —Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.-Sangre ardiente.

Preciosa colección de tomitos, espléndidamente presentados y sumamente interesantes y sugestivos por su amenidad y originalidad, en los que se relatan infinidad de escenas vivas y realistas, de la vida alegre y bulliciosa de la juventud.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondonamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.